

**Rojas, Joel (Edit.). Reyes, Carlos. Montoya, Segundo.** *En torno a Pedro S. Zulen. Selección de escritos y estudios complementarios.* Lima, Fondo Editorial de la UNMSM, 2013, 130 pp.

Nada más valioso que jóvenes repensando la tradición. Es, en sí, la tarea de toda juventud consciente de sus tareas y esperanzas. Pero el mismo término «tradición» impone mayores retos. ¿Qué entendemos por tradición y cuál debe ser la actitud de la juventud frente a ella? Una posición apreciable ha sido asumida por varios estudiosos sanmarquinos —a quienes dicha juventud no se les mide por su edad, sino por la frescura e intención crítica de sus textos—, que reunidos bajo el Grupo Zulen, han dado a luz un libro que recoge una selección de escritos de Pedro S. Zulen, un filósofo peruano de inicios del siglo XX. La actitud de estos estudiosos fue la del redescubrimiento; la de rescatar a un intelectual significativo para la historia de la filosofía peruana.

*En torno a Pedro S. Zulen* recoge una serie de artículos de este pensador peruano (1890-1925), quien se vio inmerso en el debate de la liberación del indígena y las teorías racialistas muy de moda en aquellas décadas iniciales del siglo XX. Sin embargo, Pedro Zulen no ha tenido la misma influencia y divulgación que otros pensadores contemporáneos suyos sí tuvieron, como por ejemplo, José Carlos Mariátegui o, anterior a este, Manuel González Prada. Hecho que nos desconcierta, pues la problemática planteada por Zulen es de gran relevancia y resulta a la larga un gran puente entre el siglo XIX y el siglo XX.

Intentaremos explorar este libro a través de dos puntos capitales en el pensamiento de Zulen: el problema del indio y la originalidad americana. En cuanto a lo primero, debemos preguntarnos antes cuál es el contexto en que Pedro Zulen propone su postura ideológica. El problema principal en los años que vivió este pensador peruano fue el de la explotación del indígena. Problemática que en el Perú no ha terminado de resolverse definitivamente —a pesar de que la Reforma Agraria ha sido un punto de inflexión importantísimo—. No ha concluido, pues aún en el escenario peruano existe la discriminación racial y todavía —me atrevo a decir— sigue presente en el imaginario popular aquella idea nefasta

de la inferioridad frente a los países de Occidente. Volviendo a Pedro Zulen, quien defendió al indio de la explotación que venía sufriendo por parte de los gamonales, podemos afirmar que su posición fue en un sentido revolucionaria. En los tiempos de Zulen la segregación racial era absoluta. La sociedad era feudal y el indio se atenía a los mandatos de los latifundistas.

Respecto a la originalidad americana —aunque no se haya sido tan expreso como en el primer punto—, dentro de los textos incluidos en el libro en reseña se intuye un acicate de dar singularidad a la tradición peruana frente a las filosofías de Occidente. Esto es una aporía vieja. Podemos remontarnos incluso al debate entre Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas; polémica que continuó en todo el pensamiento peruano, siendo recreada incluso en el año 1977, con la publicación de *Bartolomé o de la dominación* (Salazar Bondy, 1977). Hoy también vivimos bajo la antigua pregunta: ¿Somos andinos o somos occidentales? ¿Cuántas trampas, cuántos esnobismos y cuántos conservadurismos y arcaísmos no han surgido por este dilema aparentemente irresoluble? Se han creado banderas inútiles. La tendencia de los filósofos peruanos seguirá siendo la de preguntarse por su originalidad, pero al final, pasado un tiempo, no serán más que meros capítulos de la filosofía de Occidente. Actual cuestión para nosotros, hombres de este siglo; misma interrogante para Zulen, hace más o menos cien años.

Ahora bien, veamos el primer tópico, el del problema del indio. Partiremos con una primera opinión zuleneana sobre el pasado inca en uno de los artículos contenidos en este libro en reseña (*El Problema Nacional de la Educación*, parte II), donde escribe: “En un país aislado como el Tahuantinsuyo, dotado abundantemente por la naturaleza de todo cuanto el hombre podía desear, era lógico que existiera el régimen comunista. (...) Era, pues, un comunismo absoluto” (p. 27).

No podría expresarse sorpresa ante esta posición tomada por el filósofo peruano (hoy no podemos afirmar que el régimen incaico era uno comunista). Si nos enmarcamos en los inicios del siglo XX, la reacción indigenista empezaba a tomar fuerza, por lo que hubo una tendencia a idealizar el pasado incaico. El artículo data del año 1909 y, si comparamos con la fecha de publicación de *Aves sin nido*, en el año de 1889 (Turner, 2006) —novela clave para el movimiento indigenista—,

no es mucha la diferencia cronológica, y por tanto se ve el reiterado apoyo por parte de muchos escritores y filósofos para con los indios. Incluso las prédicas del mismo González Prada abogando por los indígenas, habían llevado a una controversia entre los intelectuales de la época: la inferioridad o no de este hombre del Ande. Claro ejemplo es la tesis sustentada por Clemente Palma en el año de 1897 para obtener el grado de Bachiller en la Universidad de San Marcos, y cuyo pomposo título fue el siguiente: *El porvenir de las razas en el Perú*. Palma concluye, luego de sostener una denigración abierta frente a la raza india: “Creo, pues, que el gobierno verdaderamente paternal, celoso para nuestra patria, será aquel que favorezca con toda amplitud la inmigración de esta raza viril [la alemana], aquel que solicite la inmigración de algunos millares de alemanes, que pague a precio de oro esos gérmenes preciosos que han de constituir la grandeza futura de nuestra patria” (Palma, *Cybertesis UNMSM*, 1897, pág. 24). El error de Palma —y probablemente su terrible castigo— no es el racismo, sino la emulación. Amante del indio, pero imposibilitado de alcanzar su vigorosidad, le quedó solo el camino del prejuicio. No pudiendo aprehender aquella naturaleza andina rica en expresiones artísticas, eligió las virtudes de razas extrañas a él mismo. Pero una contradicción interna lo perseguiría hasta el final. Si no, ¿cómo se explica la nostalgia y el cariño que embargan todas las líneas de *El Perú* (Palma, 2006) —un texto del mismo autor— que retrata los paisajes y el pueblo peruanos? Me rememora un cuento borgeano, *Los teólogos* (Borges, 1996), en donde un teólogo odia a otro, y consigue hacerlo quemar en la hoguera por herejía. Cuando muere el acusador, ya en el reino divino, comprende que el sentenciado y él son la misma persona. ¿Acaso Palma hijo, si vale la alegoría, estará ahora en otros cielos también, bien ceñido el poncho o la gabardina, recorriendo las mágicas y salvajes montañas serranas, lleno de gozo y de locura?

Por su parte, hacia 1909, Pedro Zulen, en un artículo que recoge también este libro en comentario —y que titula *Nuestro indígena y las conversaciones del “Centro Universitario”*—, hace frente a estas teorías racialistas. Así, en el citado artículo refiere:

Se ha sostenido que nuestra raza aborigen es ineducable y por lo tanto digna de hacerla desaparecer. Dominados por los mismos prejuicios que el autor de la tesis universitaria sobre *El porvenir de las razas en el Perú*, el señor Paz Soldán ha dicho que los indígenas constituyen una raza inferior, degenerada y sin ap-

titud para una vida civilizada; es una raza en la que no se obtendría resultados favorables al tratar de educarla. (...) El problema no es pues de la educación de nuestros aborígenes sino el de la inmigración; traigamos inmigrantes de razas superiores; ante ellos tendrán necesariamente que desaparecer.

Error. ¡Profundo error! Admitir la imposibilidad de regenerar lo que se dice degenerado es por sí solo caer en un fatalismo que no tiene fundamento alguno (p. 41).

No bastó a Pedro Zulen la lucha de ideas, sino que también intentó concretizar sus principios mediante la Asociación Pro-Indígena, organización que fundó junto a otros intelectuales, y con la cual hizo varios viajes al interior del país para ofrecer apoyo a las comunidades rurales. En el artículo *Entre los aimaras de Chucuito* —probablemente el mejor de los textos que reúne este libro del Grupo “Pedro Zulen”—, el filósofo peruano cuenta su experiencia luego de visitar el distrito del Cercado de Puno. Allí pronuncia su célebre discurso frente a los indígenas del ayllu de Ccota, a orillas del lago Titicaca:

Seguid adelante. Que esta obra de renovación continúe con tesón entusiasta, poderoso. El día de la victoria no está lejano. Si hoy la frase “No hay justicia” acude a cada instante a vuestros labios, no se debe desesperar por eso. El día que la libertad y la justicia triunfen, entonces veréis a vuestros pies a los mismos que hoy os vejan, que hoy os arrebatan vuestro patriotismo. Este día ese suelo será de vosotros solos, como lo fue antes, y por tal motivo a vosotros también toca hacerlo grande, porque solo así podrá surgir la nación que anhelamos, y entonces todos podremos decir “¡Viva el Perú, el Perú regenerado por su raza!” (p. 64).

Más adelante, en otro texto recogido también por los estudiosos san-marquinos, y rotulado ¡Destruyamos el latifundio!, mantiene Zulen su postura a favor de los indios: “¡Destruyamos el latifundio! He aquí un lema de la futura revolución social peruana” (p. 75).

El proyecto del filósofo peruano era uno liberal —como bien lo explica un estudio complementario incluido en el libro—. Zulen abogaba por la educación de los indígenas, pues era parte de sus derechos como ciudadanos iguales ante la ley. El Estado tenía el rol de brindar educación a todos los hombres que vivían bajo su soberanía. Este es el liberalismo de Zulen: la modernidad tenía ventajas en tanto brindaba mayores beneficios (educativos y económicos) a las clases desfavoreci-

das. Esta posición estaba acorde con otros indigenistas, quienes también propugnaban una educación total para las comunidades indígenas. Por ejemplo, en la novela *El mundo es ancho y ajeno*, la comunidad de Rosendo Maqui deseaba la construcción de una escuela, con el fin de que sus hijos pudiesen estudiar (Alegría, 1983). Dicho pensamiento era claramente opuesto a las teorías que sostenían que el indio no podía aprender y que era preferible la inmigración extranjera como solución del subdesarrollo del país. Sin embargo, la apelación zuleneana no generó confianza en Mariátegui, quien vio la acción de la Pro-Indígena como una empresa más filantrópica que revolucionaria en sí (Mariátegui, 1981).<sup>1</sup>

Ahora bien, una vez comentados los textos de Pedro Zulen que aparecen en este libro en reseña y que conciernen al problema del indio, queda sopesar el segundo punto: el problema de la originalidad americana.

Pedro Zulen ha sido ciertamente un intelectual precoz. Conocedor de varios idiomas, estuvo al tanto de las últimas publicaciones de los autores contemporáneos a su época. Por ello, varios artículos de este libro están dedicados a pensadores importantes. De esa manera, tenemos el texto dedicado a William James, en donde Zulen sentencia: “James llega a ser así, el primer filósofo norteamericano cuyo nombre será citado más a menudo en los libros europeos, y ha de correr con veneración por los labios de los más grandes pensadores de Europa” (p. 56).

Del mismo modo lo hace en sendos artículos con el filósofo francés Henri Bergson, muy de moda en aquel tiempo, y con Bertrand Russell, a quien reconoce como “una de las personalidades descollantes de nuestra época” (p. 83).

Pedro Zulen —y con razón— hace gala de su erudición; pero reconoce que no hubo una filosofía auténtica en nuestra América. Critica por ello a los pedantes y falsos estudiosos en su artículo *Pedantería y charlatanismo universitario*, publicado el 16 de octubre de 1914 y recogido también en el libro del Grupo “Pedro Zulen” —en el 2015 ha sido

---

1 Menciona dicho autor: “Las ligas del tipo de la extinguida Asociación Pro-Indígena son una voz que clama en el desierto. La Asociación Pro-Indígena no llegó en su tiempo a convertirse en un movimiento. Su acción se redujo gradualmente a la acción generosa, abnegada, nobilísima, personal de Pedro S. Zulen y Dora Mayer” (Mariátegui, 1981, pág. 49).

publicado la obra completa de Pedro Zulen gracias a sus compiladores Rubén Quiroz, Pablo Quintanilla y Joel Rojas. Al igual que los de su generación —verbigracia, Rodó y su llamado a la juventud americana en el egregio *Ariel* (Rodó, 1957)—, puso las preguntas sobre la mesa y dejó a la posteridad la resolución definitiva para una auténtica filosofía latinoamericana (o peruana). Queda decir, interpretando a Zulen, que el faro está encendido; solo falta echar los brazos a remar. La originalidad en estos lares se asentará, por una parte, en aquel Perú antiguo e innegable del que nos hablaba Valcárcel (Valcárcel, 1964, pág. 236), y por otro, en la tradición filosófica de Occidente. No importará la edad de nuestros filósofos, sino el grado de madurez —considerando que Zulen murió a los treinta y cinco años y, en el otro extremo, Kant renació a los cuarenta (Kühn, 2004, pág. 174)—. El momento en que esa fusión se produzca, será considerado en nuestro devenir histórico como una *Sternstunde* digna de relatarse.

Por último, llama la atención el artículo perteneciente al libro que reseñamos, y que titula *Harvard y San Marcos*. El filósofo peruano hace una comparación entre ambas universidades, en donde deja muy mal parada a la segunda. Así, con fuertes palabras, afirma: “Harvard siguió los cambios de los tiempos, influyó en la vida nacional norteamericana y fue una fuente renovadora de las fuerzas mentales y morales de su pueblo. San Marcos se estancó, vivió separada de la realidad y no fue más que una máquina de fabricar parásitos y burócratas” (p. 70).

Zulen, quien había estudiado también en la universidad de Harvard, tenía plena consciencia de las deficiencias de la universidad peruana. Sobre todo, en el campo de la bibliotecología. Pero gracias a su gestión, se pudo modernizar la biblioteca principal de la Universidad de San Marcos, la cual hoy en día, en honor al filósofo, se llama Biblioteca Central Pedro Zulen. Aunque, vale la pena decir, dicha biblioteca hasta el año 2013 se mantenía aún en el atraso, pues no poseía el sistema de estantería abierta. Recién en el año siguiente se ha establecido dicho sistema, mas no con toda la bibliografía existente. De todas formas, esto es ya un pequeño avance, en comparación con la nefasta administración de la Biblioteca Nacional, que, hoy en día, aún no implementa el sistema de estantería abierta. Por ello es pertinente rescatar a Pedro Zulen —quien en su tiempo, luego de su experiencia en los Estados

Unidos, renovó la biblioteca de la Universidad de San Marcos mediante, en aquel entonces, el moderno sistema de catalogación con tarjetas—, y enrostrar a las autoridades administrativas de la Biblioteca Nacional el consciente arcaísmo en que trabajan. Por otro lado, retornando a la biblioteca Pedro Zulen, cabe criticar el plan de sus adquisiciones. Por ejemplo, en la biblioteca de la universidad de Leipzig (Alemania), no se puede leer a un autor extranjero si no se conoce su idioma nativo. Así, si no se sabe inglés, no se podrá leer a David Hume; si no se sabe francés, a Voltaire; si no se sabe latín, a Santo Tomás. Entre sus estanterías no hay obras traducidas (aunque con escasas excepciones, entre ellas, Baruch Spinoza). He ahí el grado de exigencia de las bibliotecas europeas. Mientras que la biblioteca de la Universidad de San Marcos apunta solo a lectores monolingües. Esta crítica puede hacerse extensiva a casi todas las bibliotecas públicas del Perú.

Todos estos comentarios y reflexiones son los que suscita este libro *En torno a Pedro S. Zulen*. Los textos incluidos en el libro son de contenido diverso pero mantienen una línea esencial de pensamiento. La virtud de los filósofos está en formular grandes problemas y no grandes respuestas. Quizá sea esta la gloria de Pedro Zulen, excelente pensador que nunca olvidó el contexto en que vivía (por eso su apuesta por la educación sin ninguna discriminación).

Los estudios complementarios que se integran a este libro en reseña son también muy instructivos. Tanto Joel Rojas —muy estudioso de los filósofos peruanos de antaño—, como Segundo Montoya y Carlos Reyes, contribuyen mucho a enmarcar el pensamiento del filósofo en cuestión; filósofo que, a pesar de su corto periodo de vida, seguirá causando polémica, y, probablemente, sea la base de nuevas filosofías.

*Eiffel Eduardo Ramírez Avilés*  
*Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima)*  
*eiffel.28@hotmail.com*